Meana, donde llegaron á las seis y cuarenta y ocho minutos de la tarde.

Media hora después vino á la *casina* el introductor de Embajadores para entregar á la Duquesa, de parte de los Reyes, dos magníficas pulseras de brillantes que tenían en el centro los retratos del Rey Víctor Amadeo y la Reina María Antonia. Dióle la Duquesa las gracias, y añadióle el Duque que en casa de los banqueros Donandi, tesoreros del Rey, encontraría una señal de su reconocimiento, que no era otra cosa sino mil y quinientas libras piamontesas; extraña costumbre ésta, la de dar una propina á un alto funcionario de la corte, lo mismo que si fuese un lacayo. Llegó detrás el introductor, su secretario, y entregó al de la Embajada, de parte también de los Reyes, mil doscientas libras para el aya, ama y demás servidumbre del niño. y también hubo para éste propina, enviándole el Duque á casa de Donandi en busca de otra señal de su agradecimiento, que consistía esta vez en treinta zequies.

Hízose el reparto del dinero de los Reyes,—dice el Duque en su diario.—en esta forma: "Cuatrocientas libras al ama primera; doscientas al aya y doscientas al ama segunda; á la criada del niño, ciento; y á los criados de librea, que ahora son diecinueve, quince cada uno.

De donde se deduce que el comadrón quedóse sin nada en el reparto; castigo sin duda de haber provocado con su torpeza los llantos del tierno Victorio Amadeo en los solemnes momentos de la ceremonia.

Celebróse al otro dia el bautizo de Victorio Amadeo con un gran convite en la *casina* Meana, á que asistieron el introductor de Embajadores y los dos Padres Pignatelli, y á la mañana siguiente que fué la

del 11 de Septiembre, salieron éstos para Bolonia, prometiendo antes el P. José á la Duquesa volver el verano próximo para darla los ejercicios de San Ignacio. El Duque escribe con aquella fecha en su diario: "Se fueron los tíos Don José y D. Nicolás Pignatelli á Bolonia, con ánimo de volver el año que viene."

XIX

Ningún tirano doméstico ha ejercido nunca influencia tan absoluta y decisiva como ejerció el diminuto Victorio Amadeo en su casa desde el instante mismo de su nacimiento. Parecíale á su padre que una arteria invisible le ligaba con aquel montoncito de carnes sonrosadas y tiernos huesecillos, y sentía en su corazón, con todos los aumentos y exageraciones del eco, cuantos estremecimientos pasaban por aquel futuro Duque de Villahermosa, en estado todavía de canuto. Un estornudo de Victorio Amadeo le hacía variar sus planes· un golpe de tos le obligaba á pasar las noches en vela, y un empacho sencillísimo producíale preocupaciones tan graves y temores tan alarmantes, como causaba en aquel momento al mundo diplomático la guerra entre españoles é ingleses, y encuéntranse anotadas en su diacia, y pasó bien la noche con dos evacuaciones."—rio, junto á las notas de Floridablanca y del Conde Perrón, Ministro de Estado en Cerdaña, las medicinas que tomaba Victorio Amadeo, las ayudas que le pusieron y hasta los efectos causados por éstas. "Debía y estaba dispuesto para ir al baile de la corte,—escribe en su diario el 5 de Enero;—pero habiendo tenido el chico novedad, me quedé en casa; se le dieron dos lavativas y dos tomas de polvos de Floren-

28 de Octubre. "Estaba destinado para ir á Bastán feudo del Conde Verrue, y ver á Mme. Château Dauphin; pero habiendo tenido el chico dolores que me dieron algún cuidado, diferí esta partida."–Día 29. "La noche de ayer á hoy la pasé en vela por el motivo de haber continuado los dolores al chico hasta cerca de la mañana, y aun cuando debía ir con los Ministros de Génova, Portugal y Roma á la caza del Rey, por ser hoy el día famoso con el motivo de la feria de Moncalieri, no me fué posible en estas circunstancias."–Día 30. "Me despertaron á la una de la noche porque habían vuelto al chico los dolores; le hice dar de mamar con lo que parece se aquietó; avisé á mi mujer, me estuve un rato en el cuarto de aquél, me levanté dos ó tres veces de la cama, dormí desde las cinco á las siete, y después, habiendo visto al médico, hasta las diez y y media." "Como era día de fiesta no fuí á Turín, donde nada tenía que hacer; no fuí al Sitio, porque solamente los domingos se puede hacer la corte, y así no diré otra cosa sino que con el motivo de haber ido mi mujer á la capital, yo me estuve en casa para cuidar del niño; que luego que vino me fuí á pasear y ver estos deliciosos alrededores, pero la fuerza del sol me hizo volver luego. Por la tarde hice un paseo largo con la Duquesa, con quien había comido mano á mano, y no vino en todo el día nadie á visitarnos. Sencillez de vida digna del siglo de oro." El 24 de Enero dice: "He cumplido hoy cincuenta años con bastante buena salud, que me podría hacer vivir otros tantos, si no me matase mi excesiva sensibilidad paterna."

Para la Duquesa era su hijo mucho más que todo eso los ojos de su fe veían en aquella débil criatura un santuario vivo de la inocencia, un templo inmaculado del Espíritu Santo, y comprendía perfectamente lo que refieren las historias eclesiásticas del

padre de Orígenes, que se arrodillaba ante la cuna de su hijo, y descubría suavemente su pechito para besarlo con amoroso respeto, como templo vivo del Espíritu Santo. Para ella era aquel niño una imagen de Dios, colocada especialmente bajo su guarda de ella, pobre mujer que hasta entonces apenas había podido dirigirse á sí misma; una alma inmortal que la confiaba Dios para que la guiase á lo eterno, donde está su fin y había de estar también su premio. A veces tomaba al niño en sus brazos y encerrábase en el oratorio, donde meditaba ante la imagen de Cristo estas augustas verdades, estos solemnes misterios, estas esperanzas inefables, estas responsabilidades eternas; y pensando que también cabían ellas en parte á su esposo extraviado y descreído, levantaba por toda oración el niño hacia la imagen de Cristo, como si pidiese misericordia y luz para el padre por medio de la inocencia del hijo. Una mañana entró el Duque en el cuarto de éste, para verle, como tenía de costumbre, repetidas veces en el día, y no hallándole, encaminóse al oratorio, donde le dijeron que estaba con la Duquesa; encontró á ésta sentada ante el altar, con el niño dormido en su regazo, y espectáculo tan tierno y sencillo pareció conmoverle. Besó al niño en la frente, besó también á la Duquesa, y arrodillóse á espaldas de ésta, permaneciendo así largo rato. Acordóse al punto la Duquesa de la profecía del P. Pignatelli: *vendrá un niño pequeño y lo pastoreará*, y su esperanza creció de punto cuando vió que de allí en adelante levantábase el Duque más temprano que de ordinario, haciendo gran esfuerzo, pues era perezoso, y asistía diariamente á la Misa que hacía ella decir en el oratorio; cuando volvieron á Turín la Duquesa, sin decir palabra, comenzó á usar del privilegio que tenía de hacer celebrar dos Misas

en casa; decíase una á las ocho, según la antigua costumbre, y otre á las once, á que asistía también la Duquesa, el Duque no pareció parar mientes en la innovación, pero ni un solo día dejó de asistir á la última Misa.

La vuelta á Turín á fines de Octubre obligó al cabo á la Duquesa á comenzar su papel de embajadora, y entró en él con grandes bríos, dispuesta á luchar á brazo partido con el mundo, según las indicaciones del P. Pignatelli, después de preparar su alma con largas horas de oración y meditación en el retiro del campo, á la manera que los antiguos gladiadores ejercitaban su cuerpo y lo frotaban con aceite antes de entrar en la arena. Su plan de vida era el siguiente: levantábase en todo tiempo á las seis de la mañana, entraba al punto en el oratorio, donde hacía una hora de meditación antes de la Misa; terminada ésta, iba al cuarto de su hijo á darle los buenos días, y solía llevarle ella misma á bsar la mano á su padre, que aún no se había levantedo; salía después ordinariamente en litera á visitaa al Satísimo Sacramento en algu na iglesia vecina, restando siempre de vuelta en casa para la Misa de las once, á que el Duque no faltaba nunca. Cuando tenía gentes á comer que era lo más ordinario, ó le tocaba presentarse en la corte, á había de asistir ó recibir en su casa las tertulias nocturnas que llamaban en Turín *Asambleas*, retirábase una hora antes al oratorio y permanecía allí este espacio de tiempo por lo menos, pidiendo á Dios su auxilio y sus luces y ordenando en su presencia lo que había de decir y hacer, para que sus palabras y acciones fuesen todas medidas por la prudencia, pesadas por la caridad y encaminadas al bien del prójimo y al propio provecho. Y así como otras damas pasan siempre del to-

cador al salón, ella pasaba á éste del oratorio, y terminada la fiesta ó visita volvía allí de nuevo, y en largo y prolijo examen pedíase estrecha cuenta de las palabras que había dicho, las conversaciones que había oído y las veces que había faltado al examen particular, que, según el método de San Ignacio, llevaba entonces y llevó por muchos años, de la presencia de Dios. Y llegó á ser ésta en el transcurso del tiempo tan íntima y continua en ella, que, á ejemplo de Santa Catalina de Sena, parecía haberse fabricado en su corazón una celda donde, en medio del bullicio del mundo, se encerraba sin esfuerzo ni violencia, para gustar allí las dulzuras de Dios, sin que por eso resultase su gesto adusto ni endiosado, sino natural y sencillo, ni su conversación desmañada ó distraída, sino animada, afable y en extremo atenta y obsequiosa cuando era ella á quien tocaba entablarla y animarla, como de ordinario sucede á toda señora que recibe en su casa. Y era tanta su prudencia y tal su imperio sobre sí misma, que nunca la impidió esta concentrada vida espiritual estar pronta á la menor indicación de su marido, ni vigilante á las necesidades de su hijo. ni atenta á los mil deberes de cortesía que la complicada etiqueta de entonces y su alta posición oficial la imponían á cada paso; y aun en medio de tantas y tan opuestas atenciones, todavía hallaba tiempo para examinar por sí misma y recibir, socorrer y visitar á veces á los muchos pobres que la recomendaban. y para rezar el Rosario y tener alguna lectura espiritual, según su antigua costumbre, con todos aquellos de sus criados á quien no se lo impedía el servicio doméstico.

La primera visita de la Duquesa al volver á Turín fué, como era natural, á la Reina, y recibióla ésta en su cuarto con toda la familia real, teniendo la aten

ción inusitada, que como tal hace constar el Duque en su diario, de darla asiento á su lado, mientras el Rey y los demás Príncipes permanecían en pie en torno. Mayores atenciones debió aún á la Princesa del Piamonte, María Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI, á quien Pío VII declaró solemnemente *Venerable* por bula del 10 de Abril de 1808, seis años tan sólo después de su muerte. Había conocido la Duquesa á María Clotilde en la corte de Versalles, cuando tenía la Princesa once años, y se educaba con su hermana Mme. Isabel, bajo la dirección de la excelente Princesa de Marsán, que supo hacer de la primera una Reina santa, y de la segunda una Princesa mártir. Llamaban entonces en Versalles á Mme. Clotilde *gros madame*, por ser para su edad demasiado metida en carnes, y era tanta su virtud y tal su recogimiento en medio de la disipada corte de su abuelo Luis XV, que quiso con gran empeño imitar el ejemplo de su tía madame Luisa, entrando con ella en el convento de Carmelitas Descalzas de San Dionisio. Opúsose su hermano Luis XVI á estos santos propósitos por razón de Estado, y tratóse su casamiento en 1775 con el Príncipe del Piamonte, heredero de la Corona, que había de ser más adelante Carlos Manuel IV. Cuando María Clotilde hizo en Turín su entrada solemne, llamó la atención del pueblo su gordura, y oyó más de una vez entre las aclamaciones los gritos de: *¡Com' é grossa! ¡Com' é grossa!* [1] y quejóse á la Reina su suegra, no de lo que en esto pudiera haber para ella de mortificante, sino del temor de no alcanzar el amor de aquel pueblo, que tan mal había impresionado. Mas la Reina María Antonia contestóle con su viveza española:

[1] ¡Qué gorda es! ¡Qué gorda es!

—Eso no es nada, hija mía. Cuando yo entré en Turín, oía gritar por todas partes: *¡O com' é brutta! ¡O com' é brutta!* (1); lo cual, con ser mucha verdad, no ha impedido que el pueblo me ame y me respete.

Caló bien pronto la Princesa del Piamonte las virtudes de la embajadora de España, y fueron tantas las muestras de afecto y aun respeto que comenzó á darla, que la prudente Duquesa procuraba evadirlas con frecuencia, comprendiendo cuán peligroso es para una extranjera suscitar celos palaciegos en torno de los Príncipes. Reteníala á su lado horas enteras cuando la tocaba hacerla la corte, según la etiqueta, y mantenía con ella largas y provechosas pláticas espirituales, de que salían ambas llenas de fervor y mutuo aprecio, creyendo ver cada cual en cada una, por la analogía de sus posiciones, el modelo acabado de todas las virtudes que Dios les ponía delante. Hizo entrar la Princesa del Piamonte á la embajadora de España en varias Asociaciones de señoras, fundadas por aquélla en Turín para alivio de pobres y enfermos, y recomendóla muy especialmente una de éstas, que tenía por objeto fomentar entre las damas la modestia y decencia en los trajes, de que daba María Clotilde en la corte particularísimo ejemplo. Llamábase esta Cofradía de *Las humilladas*, pertenecían á ella muchas señoras de la alta nobleza, y observaban la singular práctica de asistir todas á la procesión del Corpus vestidas con trajes groseros y llevando devotamente cirios encendidos en los manos.

Fijó la Duquesa para las tres recepciones consecutivas que marcaba la etiqueta á las embajadoras,

(1) ¡Qué fea es! ¡Qué fea es!

los días 14, 15 y 16 de Noviembre, y recibió en ellos á la mayor parte de la alta nobleza de Turín, de tres á cinco de la tarde, acompañada por las Condesas de Ossa y Sancei. Desde entonces quedó la Embajada española convertida en centro de la sociedad más escogida de Turín, con gran contentamiento del Duque que sentía con esto halagada su vanidad y satisfecha al mismo tiempo la necesidad de relaciones extensas y escogidas, indispensable á todo diplomático que sabe y quiere desempeñar bien su cargo. El espléndido boato que desplegaba el Duque en sus comidas y recepciones, el tono delicadamente culto que sabía imprimirles la Duquesa, y hasta la misma afable y aristocrática severidad de tan encumbrada dama, fueron grande parte para que, unido todo ello á la escasez de centros de este género que había en la corte de Cerdeña, se considerase honra insigne el tener entrada en la Embajada española, y cuantos extranjeros de calidad pasaban por Turín solicitasen ser presentados en ella. Los domingos había siempre comida, á que asistía por turno el Cuerpo diplomático; los miércoles *Asamblea* que duraba de seis á diez de la noche, y en determinadas fiestas ó solemnidades, ó en obsequio de altos personajes, grandes convites que no bajaban de sesenta cubiertos: *Asambleas* extraordinarias á que asistían á veces los Príncipes reales, y en dos ocasiones, estando en Turín la Duquesa, hubo también dos bailes de gala, de los cuales duró uno hasta la una de la madrugada como cosa muy extraordinaria. En cambio, durante el invierno que pasó en Madrid la Duquesa, dió el Duque otros dos grandes bailes, uno para celebrar la paz entre españoles é ingleses, que duró desde las ocho de la noche hasta las ocho y media de la mañana siguiente, y otro en obsequio del Duque de Chartres.

Felipe Igualdad más tarde, que volvía de recorrer la Italia, y duró desde aquella misma hora hasta las siete de la mañana: hartura inconcebible de baile, que difícilmente encontrará igual en los fastos de los salones. Fuera de estos *deberes mundanos* que cumplía la Duquesa en su casa, asistía también dos ó tres veces al mes al círculo de la Reina, á los *petits bals*, como los llamaban, de la Princesa del Piamonte, cuando ésta la avisaba particularmente: á las *Asambleas* extraordinarias del Príncipe de Carignan, que no faltaba nunca á las de la Embajada de España, y alguna que otra rara vez, á las que de ordinario tenía en su magnífico palacio la Marquesa de Voghera, su próxima parienta. En cambio de estas fiestas, que sólo eran para ella penosos deberes, negábase en absoluto cualquiera otra diversión que sólo tuviera por objeto su propio placer y entretenimiento, y así fué que durante los años de su estancia en Turín jamás entró en un teatro, á pesar de que la corte asistía siempre al de la Opera y tenían en él los embajadores palco ó aposento, como se decía entonces, pagado por el mismo Monarca. Y en tiempo de Carnaval, jamás quiso asistir al magnífico paseo de la calle del Pó, donde se reunían más de 400 carrozas, y era uno de los espectáculos más animados, entretenidos y pintorescos de que podía disfrutarse, no ya en la corte de Cerdeña, sino en la Europa de entonces. Rasgos éstos que establecen por sí solos la diferencia inmensa que existe entre la señora verdaderamente piadosa que cumple en el mundo los peligrosos deberes que una alta posición impone, y las devotas aristócratas al uso del día, que mezclan el agua de Colonia con el agua bendita, y los libretos de la ópera con las novenas de los santos, é improvisan deberes y exigencias sociales para saciar su inmodera-

do afán de diversiones y placeres, sin perder por eso su harto transparente fama, no ya de medianejas cristianas, que eso podrán á veces serlo, sino de almas piadosísimas.

Cuando llegó la Cuaresma cerró la Duquesa su puerta, sin que encontrase por parte del Duque oposición alguna; suspendiéronse las comidas, cesaron las *Asambleas*, y prescindiendo de etiquetas y consideraciones durante aquel santo tiempo, encóirase la Embajadora en su casa, sin salir más que á la iglesia, dando así un grande ejemplo que hacía en Turín por aquella época harta falta; y como algunas damas de sus más íntimas persistieran en venir á acompañarla por las noches, hizo la Duquesa, con muy buena gracia, que durante estas veladas se leyesen en su estrado los sermones de Masillón, que el P. Pignatelli le habia recomendado, diciendo ella como San Francisco de Borja cuando hablaba á las visitas pesadas é importunas de la muerte, el juicio y el infierno. "Si se aburrén, no volverán; y si vuelven, sacarán provecho." Durante esta Cuaresma vió también la Duquesa cumplirse la segunda profecía del P. Pignatelli, trocándose el corazon del Duque para volverse á Dios por influjo de su hijo; mas hízose este maravilloso trueque sin esfuerzo ni violencia, ni ninguna de esas crisis ó sacudimientos que preceden por lo común á las conversiones de grandes pecadores; hízose, por el contrario, suavemente; por su propio peso, con la naturalidad con que la fruta madura cae del árbol á impulsos de una savia oculta que le ha prestado favor y fragancia, con el descanso con que el navegante dormido llega á la playa y allí se encuentra sin notar que debe su arribo al trabajo y la fatiga de los brazos que remaban. El proceso de este portento, que come tantos otros de la

gracia divina tan sólo llegaron á comprender los que con sus oraciones le habían alcanzado, la Duquesa y el P. Pignatelli, está consignado por el mismo Duque en su diario, sin ponderaciones ni adornos retóricos, con frase lacónica y sencilla, escrito á veces en cifra, cuya clave no poseemos, y deja, por lo tanto, secretos, algunos de estos movimientos de la divina gracia.

A principios de aquella Cuaresma comenzó el Duque á asistir á los sermones de la corte en la capilla real, llamada de la *Santísima Sindone*, por venerarse en ella entonces el sudario en que fué envuelto nuestro Sacratísimo Redentor Jesús, colocado en magnífica urna de plata cincelada, guarnecida de oro y brillantes. No debió sin embargo, ser muy devoto el espíritu que llevaba al Duque á estos primeros sermones, pues de todos éstos hace en su diario críticas bien poco benévolas; mas llególe el turno á un Padre Barnabita, teólogo del Duque de Parma, que llamaban Felipe Grana, y tanto debió agradar al Duque su elocuencia, que no perdió desde entonces ninguno de los sermones que predicaba. Coincidió con esto la llegada á la corte de Cerdeña del célebre Doctor Petit, que había sido en París médico de la Duquesa, y suplicóle el Duque reconociese á Victorio Amadeo, cuya débil constitución le traía siempre en continuas alarmas. Opinó Petit, con gran espanto del Duque, que el niño estaba raquítico; más comprometióse á trazar un plan que le curaría en seis meses, comenzando á contar desde aquel mismo momento. Aceptó lleno de esperanza el afligido padre, y aquel mismo día escribió en su diario, aludiendo, no á la curación del niño, sino al examen de su conciencia: "*Empezóse la mejor obra; quiera Dios que la acabe en su santo temor y gracia.* Siguiéronse luego

cuatro días de gran retiro y recogimiento, en que sin duda continuó el Duque esta *mejor obra*, anotando en su diario varias observaciones en cifra que no pueden adivinarse. Al quinto día, que fué el 17 de Marzo, tuvo á comer al Conde Condronchi y al P. Felipe Grana, á quien sin duda quiso conocer de cerca, y dos días después, el 20 de Marzo, escribe en su diario: "*Concluyóse la mejor obra con el Padre Grana Barnabita.*" Al día siguiente vióle la Duquesa, con tanta sorpresa como gozo de su alma, comulgar en la iglesia, y sin que la prudente señora osase pedirle explicación alguna de tan edificante hecho, díjole el Duque, sin añadir más razones, que había hecho voto aquel día á la Virgen Santísima de reedificar y agrandar su iglesia de Pedrola si le concedía la gracia de que su hijo Victorio Amadeo viviese siquiera hasta los cinco años. Y desde esta fecha hasta quince días antes de la muerte del Duque, que es cuando termina su diario, hállase consignada en éste, primero cada mes, después cada quince días, y últimamente cada ocho, esta lacónica frase, que garantiza lo sincero de su conversión y lo fiel de su perseverancia. "*Comulgué en la iglesia.*" El 1.º de Octubre de 1788, hallándose el Duque en Pedrol , añade á la sencilla frase de costumbre esta hermosísima página: "Como en otro tiempo y cuando seguía una vida solamente mundana, he puesto lo que hacía todos los días durante un mes; ahora que por la misericordia del Señor pienso de otro modo, y por si acaso hay alguno que tenga la paciencia de leer este tan voluminoso diario, que ya con este tiene tres tomos en folio, me ha parecido conveniente quitar el mal ejemplo que aquella vida disipada haya podido dar, y es mi ánimo escribir aquí todo lo que haga en cada uno de los días de este mes, para que se vean en parte las

misericordias que el Señor ha obrado en mí, sin embargo de la imperfección de las buenas obras que haya podido ejecutar, que es grande y mucho mayor mi ingratitud hacia el Padre celestial, á cuya mayor honra y gloria debía emplear todos los momentos de mi vida. Esto es lo que hice el día primero:

"Me levanté á las seis poco más; hasta cosa de las siete, lo empleé en ejercicios de devoción; tomé chocolate y me vestí; antes de las ocho fuí á la tribuna, (1) donde me estuve hasta poco más de las nueve; volví á mi cuarto, donde escribí adelantando cartas para el correo, y después de alguna lectura espiritual fuí á ver el granero, y con D. Miguel Gayubar á ver una muralla que se hace en la cerca del palacio, para impedir que el ganado que he comprado se coma los planteles de los árboles, y estuve con el mismo hasta más de las doce. Recé después un poco y continué en escribir hasta poco más de la una; comí, y con un poco de descanso después salí á las tres á cazar; un accidente sucedido en el coche retardó un poco mi salida y llegué á la huerta de Luceni, donde matamos diez codornices, y me volví á Pedrola á las seis y media poco más ó menos. Hice un poco de lectura espiritual; rezamos el Rosario en comunidad con la familia; se bebió; un rato después me puse á jugar con la Duquesa al revesino; á las nueve y media cenamos, y poco después, es decir, á las once, me acosté, hecho el ejercicio de la noche."

Cayó, pues, con la conversión del Duque, la barrera que antes separaba á éste de la Duquesa, y unidos desde entonces por la misma fe y las mismas prácticas religiosas, fué su vida la de aquellos cuyo

(1) La que daba á la iglesia y se menciona en el capítulo VI.

amor inquebrantable está basado en Dios, todo entre ellos es mutuo, parten entre sí penas y alegrías, y no les separa ni lo que es del tiempo ni lo que es eterno, porque para la eternidad es para lo que se aman y hacia donde caminan. Esta fué la época verdaderamente feliz de la Duquesa; y para que nada faltase á su dicha, envióle Dios al santo P. Pignatelli, que llegó á Turín el 7 de Abril, y seis meses más tarde concedióle por segunda vez la dicha de ser madre, dándole una hija que nació el 10 de Septiembre y fué bautizada con el nombre de María, siendo su padrino el venerable P. José Pignatelli.

Esta larga estancia del P. Pignatelli en Turín, pues fué esta vez huésped de sus sobrinos desde el 7 de Abril hasta el 26 de Septiembre, proporcionó al santo ex-jesuita la ocasión de apreciar despacio y por menudo los grandes progresos que en el camino de la perfección había hecho la Duquesa en un solo año, sin que hallase en él otra quiebra que la de haberse acentuado bastante en su ánimo la tendencia á los escrúpulos, á que tuvo siempre propensión muy marcada, cruz, más bien defecto, que acongoja con frecuencia á muy santas almas. Deseaba la Duquesa retirarse á principios de Mayo á la *casina* Meana, que con sus bellísimos jardines tenía arrendada el Duque, para hacer allí los ejercicios de San Ignacio bajo la dirección del P. Pignatelli, según se lo tenia prometido éste desde el año antes. Mas bastó que el Duque insinuara tan sólo el deseo de que demorase su piadoso propósito, para que la humilde y obediente Duquesa accediese en el acto: debía llegar de un momento á otro á Turín, como llegó en efecto el 3 de Mayo, el Marqués de Santa Cruz, que acompañado de numerosa comitiva, proyectaba recorrer la Italia y la Alemania, y pensó con razón el Duque que á él

y su esposa, por su cargo oficial y relaciones íntimas de familio, correspondía acompañarle y agasajarle. Era el Marqués de Santa Cruz, D. José Joaquín de Silva, hermano mayor de la ilustre académica Doña Mariana, entonces Duquesa de Arcos, madrastra de la Villahermosa, y había perdido el año anterior á su hijo único D. Francisco, Marqués del Viso, como ya dijimos anteriormente. Quedaba, pues, por esta muerte prematura sin sucesión masculina y directa la casa de Santa Cruz, y resolvió por eso el Marqués pasar á segundas nupcias, emprendiendo para ello un verdadero viaje en busca de novia, que encontró al cabo en Viena, muy de su gusto, en la Condesa María Ana de Waldstein, señora de mucha virtud y prendas muy notables. Acompañaba á Santa Cruz en este viaje su hermano menor D. Pedro de Silva, que después de pelear como bueno en el desastre de Argel al frente del regimiento de Africa, acababa de dar en España el magnífico ejemplo de trocar su brillante uniforme de Brigadier de los Ejércitos reales por la humilde sotana de sacerdote, ordenándose de presbítero en 1778. Acompañó, pues, el Duque á los ilustres hermanos á visitar cuantas curiosidades eran en Turín dignas de verse, presentóles en la corte á los Reyes y Príncipes, dió en honra del Marqués una muy lucida *Asamblea* que terminó con baile, y como fuese Santa Cruz muy aficionado á la física, hízole presenciar varios experimentos muy notables de electricidad, hechos por el famoso Abate Becaria, de las Escuelas Pías, uno de los sabios más eminentes que extstían por aquel tiempo en Europa.

Prosiguió al fin su viaje el Marqués de Santa Cruz, saliendo de Turín el 22 de Mayo, y al día siguiente trasladóse la Duquesa á la *casina* Meana, donde hizo por primera vez los ejercicios de San Ignacio bajo la

dirección de su tío, con tal piedad, recogimiento y luces tan altas del cielo, que entonces puede creerse echó los cimientos y afianzó para siempre aquel vencimiento prapio por amor de Dios y aquella conformidad absoluta de su voluntad divina, que al estancar en el alma las tres fuentes de inquietud que la envenenan, deseo de adquirir, temor de perder y sentimiento de haber perdido, engendran en ella la paz inmutable, el gozo eterno, la justicia santa que hace á los justos en cierta manera, acá en la tierra, semejantes á los bienaventurados del cielo; porque, como ha dicho el Apóstol, *no es el reino de Dios comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritú Santo.*

A los cuatro días de terminar la Duquesa sus ejercicios, dispuso el Duque un gran banquete en la *casina* Meana, para celebrar el fausto suceso de vestirse Victorio Amadeo de corto. Púsose la mesa en el jardín, á la sombra de los árboles, y el beneficiado, vistiendo por primera vez lo pudiera llamarse su *toga pretexta*,, presidió la mesa en brazos de su aya, á la derecha de su padre. Mas fuese que no se aviniera bien Victorio Amadeo con sus nuevos atavíos, ó que por pertenecer á una generación más moderna encontrase harto enojosa la etiqueta de aquellos señores, es lo cierto que rompió por ella á las primeras entradas, gritando tan alto y con tal furia, que fué preciso retirarle de su honorífico puesto, con gran sentimiento de su padre.

Durante aquel verano y el siguiente otoño, fueron varias ias visitas de importancia que turbaron el devoto retiro de que gozaba la Duquesa, con más felicidad que en Turín, en la *casina* Meana. Llegó el primero D. Fernando Magallón, *el más complaciente y corrompido de los mentores* del desdichado Mora, como le llamaba el abate Galiani, que iba de ministro del

Rey católico á la corte del gran Duque de Parma. Hospedóle Villahermosa varios días en su propia *casina*, y de allí marchó á su destino, donde murió á poco repentinamente de un gran vómito de sangre; esta muerte desastrosa de su antiguo compañero de desórdenes causó gran espanto en el Duque, aafinzó poderosamente sus nuevos propósitos y túvole por muchos días cabizbajo y poseído de una especie de *terror retrospectivo*, semejante al que causó en el criminal libre y absuelto el cast'go del cómplice que no logró la misma suerte. Llegaron poco después á Turín los Duques de Valentinois, herederos del principado de Mónaco, y trasladáronse los Villahermosa á la ciudad para acompañarles y agasajarles varios días por expresa recomendación del Conde de Aranda como Embajador en la corte de Francia. Igual encargo vino al Duque de la corte de España para atender y obsequiar á otra persona que fué para la Duquesa bastante repugnante. Era ésta la famosa Princesa Dashkoff, Catalina Romanowua, que tan principal parte tuvo en la conjura militar y palaciega que derribó del trono de Rusia á Pedro III, para colocar en él á Catalina II. Aquella mujer enérgica y astuta, que sólo contaba entonces dieciocho años, hizo ella sola en favor de Catalina, entre la aristocracia y los dignatarios del Estado, lo que los dos hermanos Orloffs hicieron en el ejército: viósela el día del alzamiento, á caballo, vestida de hombre, capitaneando un cuerpo de ejército, y designábala entonces la opinión como cómplice de los Orloffs en el horrible asesinato del Czar depuesto, envenenado y extrangulado en la prisión de Rapscha, á los pocos días de su destronamiento. Pretendiase entonces explotar el grande valimiento que semejante mujer tenía con la Emperatriz Catalina, para que retirase ésta su protección á

los jesuitas existentes en Rusia, y de aquí que la corte de España pretendiera la agasajara en Turín su Embajador, como ya lo había hecho en París con el Conde de Aranda. Dióse, pues, en la Embajada un gran banquete con obsequio de la temible conspiradora, y aunque la Duquesa, ignorante de estas intrigas, pensó desde luego excusar su asistencia, entróla luego el escrúpulo de si sería más bien falta de caridad que justa repugnancia lo que la movía á obrar de este modo, en contra del deseo de su marido y de sus deberes de Embajadora. Decidióse al fin por lo que más trabajo la costaba, que era siempre su regla dráctica, y acudió á hacer á la Princesa los honores de la Embajada, mandando decir antes, aquella misma mañana, siete Misas en honra de los dolores de María Santísima, á fin de alcanzar la conversión de aquella desdichada hereje que, inspirándola mucha compasión, no dejaba también de causarla cierta especie de miedo. Lo cual, sabido por el Duque, dijo entre grave y risueño: "Si lo sé yo á tiempo, hago decir otras siete para echar los siete demonios de los siete pecados capitales, que la tal Princesa debe tener dentro."

La Princesa parecía tener, en efecto, en el cuerpo, no ya siete demonios, sino una legión entera dispuesta á resistir, con ayuda de la dama misma, á todas las Misas de la Duquesa. Era ya mujer de más de cuarenta años, y su alta estatura, sus modales hombrunos y su traje masculino, en todo menos en las faldas, revelaban á primera vista á la extravagante amazona que pidió á la Emperatriz, como recompensa de sus servicios, el mando de uno de los regimientos de su guardia. Cuando á poco de su visita á Turín volvió la Princesa Dashkoff á San Petersburgo, hízola la Emperatriz, deseosa, sin duda, de hacerla trocar la espada por la pluma. Presidenta de la Academia de Ciencias, y dióla también la presidencia de la nueva Academia Rusa, que sobre los moldes de la francesa fundó por aquel tiempo. Ignoramos si correspondió la Princesa á los obsequios de la corte de España hablando á Catalina II contra los jesuitas, si así lo hizo, estrellóse por esta vez su influencia contra la enérgica actitud de su digna amiga la Semíramis del Norte. A fines de Diciembre, estando ya la Duquesa de vuelta en Turín, llegó á esta capital el Duque de Crillón, y vióse obligado Villahermosa, bien á pesar suyo, á recibirle y festejarle. Sabía éste, por razón de su cargo, que el Conde de Floridablanca andaba en tratos secretos con el Duque de Crillón para colocarle al frente del ejército que había de arrancar la isla de Menorca de manos de los ingleses, y repugnábale, á fuer de *aragonés*, esta política de los golillas, que fomentaba la impopular tendencia del Rey á confiar altos puestos á extranjeros advenedizos. Pocos meses antes había mandado recoger el mismo Carlos III la llave de gentilhombre al Príncipe de Salm-Salm, por no querer éste llevarla en París, y con motivo de un fuerte altercado [desafío dijeron otros] habido entre Salm-Salm y el Conde de Fuentes, D. Luis Pignatelli, por ciertas palabras de aquél injuriosas para España, escribe Villahermosa en su diario: "Despaché mi correo y escribí al Duque de Arcos (que me contaba ligeramente el caso de mi cuñado Luis y de Salm) que este suceso y el decreto de Priego daban á entender que era preciso abrir los ojos sobre los servicios de los extranjeros, y que de esportillero arriba no permitiría yo que ninguno se estableciese en España. Quisiera que este aborrecimiento que tengo á los extranjeros en España (pues fuera de ella hago

mucho caso de los de mérito, que nunca son los que se expatrían) pasase á mi posteridad."

Recrudeciéronse estos sentimientos del Duque con la venida de Crillón, y tocóle el turno á la Duquesa de aplacarle y abogar por las fiestas y complacencias diplomáticas, á fin de no despertar la suspicacia de Floridablanca con algún desaire hecho á Crillón, buen General por su parte, á quien venía de casta el valor y la pericia en cosas de guerra, como descendiente que era de aquel bravo Crillón á que escribió Enrique IV: "¡Ahórcate, Crillón!, que hemos vencido en Arques, y tú no estabas allí."

Cumplióse mientras tanto el plazo señalado por el doctor Petit para la curación de Victorio Amadeo, y aunque el niño mejoraba visiblemente y robustecíase en gran manera, todavía le pareció débil á su impaciente padre, y resolvió pedir tres meses de licencia á Carlos III para llevarle á España y dejarle allí con su madre, si aquel clima le sentaba mejor que el de Italia. Vino concedida la licencia á fines de Julio de 1781, y fijóse la partida para el otoño, retirándose mientras tanto la familia á la viña Reviglasco, distante tres millas de Turín. Llegó á ella el P. Pignatelli el 7 de Agosto con intento de pasar con sus sobrinos el verano, como había pasado ya los dos antecedentes; mas una desgracia imprevista trastornó estos sencillos planes, sumiendo á los Duques en el mayor desconsuelo. El 9 de Agosto atacó á la niña María una fuerte calentura, y temiendo el méico se declarasen las viruelas, determinaron separarla de su hermanito. Lleváronla á Turín la Duquesa y el P. Pignatelli, y quedóse el Duque en Reviglasco al cuidado de Victorio. Al amanecer del otro día murió la niña en brazos de su santo padrino el P. Pignatelli, y el Duque, incrédulo y orgulloso, que un año

antes hubiera desafiado á Dios mismo, al sólo pensamiento de perder uno de sus hijos bajaba la cabeza, y escribia sumiso y resignado esta hermosa frase: "¡Gracias sean dadas al Todopoderoso, que me ha dado conformidad para llevar este golpe! Poco después de las siete de la mañana recibí la fatal noticia. La Duquesa vino á las doce y media con sospechas de nuevo embarazo. ¿Querrá Dios que le ofrezca otro sacrificio?"

Aquella desgracia precipitó la marcha de los Duques, y salieron de Turín el 9 de Septiembre de 1781. El P. Pignatelli les acompañó hasta Lannebourg, al pie mismo del Mont-Cenis, y allí se separaron. Los Duques prosiguieron tristemente su viaje, sintiendo no poder llevar consigo á España al santo desterrado. Este volvióse de allí á Bolonia, sabiendo muy bien que la tierra entera es el destierro, y que la patria sólo está en el cielo.

XX.

Entraron los Duques en España por Perpiñán y legaron á Pedrola el 17 e Octubre, deteniéndose antes en Barcelona ocho días, en una casa de campo del Conde del Asalto, que era entonces Capitán general del Principado. Confesaron y comulgaron ambos esposos el día siguiente á su llegada en Sarriá, y allí encontraron á la Condesa de Peralada, Doña Teresa Palafox, cuyo marido se hallaba entonces preso en el castillo de Pamplona por los cargos que resultaron contra él en el extraño proceso de *La Bella Unión*, Sociedad secreta denunciada en 1777, y compuesta de mujeres perdidas y hombres sospechosos que tenían mucho de libertinos y no poco de impíos sectarios.